



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Con la perseverancia introducimos la felicidad

Exposición del Mensajero del Eterno

EL texto de Heb. 10: 36 dice: "Os es necesaria la perseverancia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa". Si examinamos el carácter de personas que han alcanzado su objetivo, nos maravillamos al ver con qué paciente aguante vencieron los obstáculos de su camino. Algunas, sin ser ricas, cursaron estudios a cuesta de toda clase de privaciones para lograr su propósito; con la perseverancia lo alcanzaron a satisfacción suya. No obstante, más tarde tuvieron decepción, porque reconocieron que la posición adquirida a fuerza de manos no les procuraba una felicidad real y duradera.

Los que han alcanzado su objetivo, e incluso más allá, no gozan de la satisfacción ni de la dicha verdaderas. Sus esfuerzos se concentran en un fin egoísta, que no se parece al ideal propuesto a los hijos de Dios de nuestro texto; pues éstos son raros, que gracias a su perseverancia alcanzan la vida eterna en la felicidad.

Todos los seres humanos aspiran a ser felices, pero no logran jamás su deseo. Sólo consiguen un resultado externo, lo cual les proporciona un semblante de felicidad, pero cuando lo poseen, se dan cuenta de que esto no les procura una dicha verdadera. Se han tomado mucho trabajado, pero la felicidad que esperaban no ha coronado sus esfuerzos.

Por nuestra parte, tenemos una meta claramente trazada y promesas del Eterno. Según ellas, los seres humanos serán restaurados a la perfección humana en la tierra para disfrutar del paraíso; esta maravillosa situación les procurará la felicidad material y el bienestar. El resultado definitivo será para ellos también la completa felicidad espiritual.

Podemos escoger, pues, entre seguir pobres seres engañados en todos los sentidos, que con mucho afán corren a diestra ya siniestra en pos de toda clase de quimeras y distracciones; o bien decidirnos con firmeza a vivir el programa para obtener estas promesas, que no pueden escaparnos, si llenamos las condiciones.

El Señor nos ha dado ejemplos de cumplimiento de las promesas divinas, y podemos igualmente hacer experiencias diarias sobre la fidelidad del Eterno. Cuando estamos bien en la nota, el poder del espíritu de Dios puede venir a nosotros y transformar nuestra mentalidad diabólica en una nueva mentalidad, la cual procura a todo nuestro ser una magnífica y gloriosa dirección.

Como lo dijo un día el apóstol Pablo a los efesios, "somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, para que las practiquemos". La quintaesencia de la felicidad es realizar este programa, es decir, hacer

buenas obras; esto equivale a vivir totalmente la legalidad, de manera que la influencia de la gracia divina pueda hacer su obra en nuestros corazones y transformarnos del todo a la gloriosa imagen de aquel que nos ha llamado.

Esta es una maravillosa labor, y en el texto que nos ocupa se recomienda la práctica de la Ley universal. Dice: "Os es necesaria la perseverancia (una asiduidad a toda prueba en la realización del programa)". Agrega también: "para que habiendo hecho la voluntad de Dios (habiendo llegado a ser totalmente legales), obtengáis la promesa".

Esta promesa es la inefable bendición que el Eterno quiere poner en la grandiosa empresa ofrecida actualmente a los seres humanos, para que puedan disfrutar de las infinitas compasiones, de la misericordia del Eterno que triunfa del juicio emitido contra ellos. Este juicio es simplemente la práctica de las cosas malas que dan un resultado lamentable y que se traduce en dolores, sufrimientos, decepciones y finalmente en la muerte.

He aquí el final de una línea de conducta ilegal. Los hombres obtienen continuamente este resultado, puesto que todos mueren, lo que es la prueba de que no siguen el buen camino; andan siempre aliado de la felicidad, tratando continuamente de alcanzarla.

En efecto, los seres humanos corren en pos de quimeras, esforzándose en realizar cierta felicidad. Este objetivo lo persiguen desplegando celo y a veces mucho ardor y perseverancia; ponen en ello toda su sabiduría y toda su inteligencia; pero los medios que emplean no son suficientes, sólo dan la decepción porque los emplean ilegalmente.

Ahora podemos hacernos la pregunta, si queremos perseguir estas quimeras o enmendarnos y sanarnos, haciendo obra legal que beneficia a los que nos rodean; trae la bendición, el gozo y la felicidad, y de paso nos procura la felicidad a nosotros mismos, porque nos volvemos bienhechores. Es con amabilidad y bondad que es hecha esta invitación de poner en práctica la exhortación de nuestro texto, diciendo que nos es necesaria la perseverancia. Naturalmente, se sobreentiende que esta perseverancia debe manifestarse por el lado bueno, porque todas las perseverancias no producen el mismo resultado.

Cuando la perseverancia se basa en la legalidad, produce un carácter noble y generoso, equilibrado de una manera maravillosa, de donde manan raudales de bendición. Tal línea de conducta difiere muchísimo de la que participábamos antes. Los esclarecimientos que hemos recibido han sido para nosotros una gloriosa fuente de bendición. Por eso, cuando

nos perjudican, cuando nos contradicen, no nos aflige como antes; tampoco cuando nos acusan falsamente con toda clase de cosas, o nos tratan con odio y maldad.

Antes éramos muy sensibles a todas estas manifestaciones a causa de nuestro orgullo, y cuando provenían de los miembros de nuestra familia, nos afectaban todavía mucho más que de parte de los extraños. Sin embargo, al considerar los principios divinos y al procurar observarlos, poco a poco nos hemos hecho insensibles a las impresiones diabólicas.

Por eso, cuando nos humillan, ya no nos causa ningún sufrimiento, porque somos humildes, y cuando nos injurian, podemos bendecir. He aquí la prueba de que la sensibilidad por el lado diabólico ha perdido terreno en nuestro corazón. En esta situación, cuando nos tienen odio y nos contradicen, podemos pasar por encima, e incluso manifestarles benevolencia a tales seres, comparables a pobres gusanillos, que se debaten, se agitan como serpientes cortadas a pedazos, retorciéndose aún en todos los sentidos antes de morir.

Estas imágenes nos muestran cuando hemos salido del ambiente del espíritu demoníaco, porque el espíritu del adversario no puede hacernos sufrir más. En la medida en que vamos perdiendo los hábitos diabólicos, también van desapareciendo los sufrimientos ocasionados por este espíritu demoníaco.

En otras circunstancias, cuando las personas a quienes les teníamos mucho afecto nos manifestaban su desprecio, nos procuraba terribles sufrimientos; experimentábamos en el corazón espantosos tormentos provocados por los celos y por una cantidad de sentimientos que nos ocasionaban agudos dolores.

Con la práctica de la legalidad, cuando han desaparecido de nuestro corazón estos hábitos, estos rasgos de carácter, podemos permanecer tranquilos y en la paz a causa de nuestra insensibilidad a las influencias del adversario. Entonces adquirimos una nueva sensibilidad que nos procura transportes de alegría, y nos permite sentir en el corazón las pulsaciones de la gracia divina.

Los impulsos diabólicos producen ciertos regocijos, y los que los experimentan son transportados tal vez durante unos instantes en una alegría delirante, pero el fin de tales goces es siempre la amargura, porque tales deleites son ilegales y acaban en la condenación, la ruina y la perdición.

Para salir de la mala educación que hemos recibido se necesita la perseverancia. Si ponemos a un lado las impresiones diabólicas, que nos procuraban toda clase de sufrimientos

y también goces malsanos, necesitamos una compensación, lo cual requiere ser sensible a los impulsos divinos. Podemos asociarnos fácilmente a los sentimientos que experimentaba nuestro querido Salvador cuando traía cosas inefables, ya en palabras o ya en acciones, cuando aliviaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, quitaba el dolor, resucitaba a los muertos, y dispensaba gozo y felicidad.

Cuando el Señor Jesús resucitó al hijo de la viuda de Naín, nos podemos representar el gozo y los transportes de alegría que invadieron el corazón de la madre, pero naturalmente, los habitantes de Naín no sintieron en el mismo grado la felicidad de la viuda. Sin duda, ellos tomaron interés en ello y se regocijaron de esta resurrección, compartiendo la dicha de la madre, pero es ella la que experimentó en su corazón transportes de alegría y de gozo infinitos, al ver que su hijo había recobrado la vida. Es ella la que pudo sentir toda la profundidad de la benevolencia divina manifestada en el gesto de nuestro querido Salvador que había devuelto la vida a su hijo.

Si los discípulos que estaban con el Maestro y que asistieron a todas estas grandiosas y sublimes experiencias hubieran vibrado tanto como la viuda de Naín, no hubieran sido derribados por las dificultades que más tarde surgieron; pero no se dieron cuenta de que esta resurrección era una imagen de la liberación que se manifestaría más tarde en beneficio de toda la humanidad. y como lo sabemos, cuando el Pastor fue herido, las ovejas fueron dispersadas.

Las sensaciones de los discípulos eran como un perfume sutil que se evapora sin haber dejado la quintaesencia de su aroma en el lugar donde lo han esparcido, por falta de poder de absorción. Las sensaciones que ellos experimentaron en su corazón no fueron bastante profundas para permanecer y producir su resultado de bendición en el momento de la prueba. Por eso, la cristalización de las enseñanzas recibidas por los discípulos en contacto con el Señor no pudo realizarse en ellos para hacerlos fuertes e inmovibles en el momento de la tentación.

Actualmente, hay muy pocos en la familia divina que sean capaces de percibir toda la profundidad de las enseñanzas divinas. Hay muchos grados de comprensión, pero raros son los que pueden sentir la gracia divina emanando de las instrucciones que el Eterno da en su amor. Todos tienen la posibilidad de compenetrarse de estas maravillosas enseñanzas, pero a muchos les falta buena voluntad y un deseo bastante grande en su corazón para que la sensibilidad pueda despertarse y que sientan transportes de alegría al contacto del Mensaje del Eterno.

Cuando pensamos en la resurrección de Lázaro, podemos darnos cuenta del poder divino que se desprendía de nuestro querido Salvador durante su ministerio en la tierra. Lázaro estaba en la tumba desde hacía varios días, y su cuerpo estaba en putrefacción. Hacía falta un poder extraordinario para purificar esta masa de carne en descomposición y darle de nuevo la vida, a fin de que Lázaro pudiera presentarse a sus amigos exento de todos los gérmenes de putrefacción que se habían manifestado en su carne. Esto fue algo maravilloso, y actualmente el Señor tiene este mismo poder de resurrección para resucitarnos.

Es esta una ínfima parte del poder que Dios tiene de mantener en el espacio los mundos que gravitan y siguen evolucionando sin in-

terrupción. El sol aparece siempre al minuto preciso donde lo esperan, asegurándonos así la fidelidad del Eterno. El Eterno es fiel, y la prueba de ello nos es dada por la regularidad y la puntualidad manifestadas en sus obras maravillosas y sublimes.

Los seres humanos son infieles, y nosotros también, aunque estemos en la escuela de Cristo. Por eso, nos es necesaria la perseverancia, para poder seguir de continuo el movimiento de la Ley universal, para no ser un átomo aparte, llevado de aquí para allá al antojo del viento, y que, al no formar parte del cuerpo, se queda fuera de la bendición.

Si ponemos perseverancia para mantenernos en el movimiento continuo, podremos beneficiarnos de todas las manifestaciones de la gracia divina y del espíritu de Dios; pues al vivir la perseverancia estamos en la nota, y nos penetra el espíritu divino. Entonces, a pesar de nuestra poca sensibilidad, podemos percibir toda la frescura de las ondas benditas que nos son dadas por los mensajes del Eterno; notamos en nuestro corazón paz, consuelo y felicidad, porque estamos en el ambiente de la bendición divina.

Así, cada mañana, el Señor nos envía una de estas ondas refrescantes que son un lenitivo, una dulce caricia; es como cuando viene el sol a acariciarnos en los días otoñales o en invierno y nos hace sentir el calor amable y penetrante de sus rayos afectuosos y benévolos. He aquí cómo nos habla el Señor.

Lo que debemos desarrollar es la sensibilidad. Hay personas que se quedan frías ante estos impulsos de gracia y de amor divinos. Ahora que formamos una sola familia, la familia divina, podemos sentir en el mismo grado todas estas amables caricias, estas inefables ternuras, esta poderosa demostración del espíritu de Dios puesta a nuestro alcance.

Lo repetimos, nos es necesaria la perseverancia, para que después de haber colaborado de una manera útil en la obra divina obtengamos lo prometido. La promesa es la obtención de un maravilloso carácter que nos permite llevar el nuevo nombre, que nadie conoce sino aquel que lo recibe. Hemos recordado a menudo que llevamos toda clase de nombres que no corresponden a la situación de nuestro corazón; son nombres fingidos que no subsistirán.

No llevamos los nombres que corresponden a nuestra mentalidad, y aún deberíamos llamarnos mentirosos, ladrones, nerviosos, mal genios, coléricos, celosos, etc., lo que sería aún adecuado. Así nos daríamos mejor cuenta cómo ha sido formado nuestro carácter.

Ahora necesitamos recibir el nuevo nombre que es paciencia, amor, ternura, misericordia, amabilidad, benevolencia, humildad. Nuestro nombre actual fingido desaparecerá, porque sólo la verdad puede subsistir, lo demás pasa y desaparece. Ahora debemos asimilar las cosas que permanecen, que pueden y deben subsistir eternamente.

La vida eterna es posible con la realización de un carácter noble, generoso, tierno y afectuoso. Cuán grande es nuestro gozo de haber sido sacados de las tinieblas, y de movernos a la luz de la gloriosa verdad que nos alumbró y nos permite sentir maravillosos impulsos vitales. Es preciso ser sensibles a las amables ayudas que nos son dadas por nuestras publicaciones, dispensadas por el Señor a su pueblo; así podemos sacar buen provecho de ellas para avanzar hacia la meta de la alta vocación a la

cual hemos sido llamados, o hacia la realización del pacto en la Ley.

Cuando examinamos todas estas cosas tan claramente diseñadas, experimentamos goces inefables que el Señor nos concede en su gracia. Por eso, nos conviene recordar nuestro texto, diciéndonos que nos es necesaria la perseverancia. En efecto, se requiere una completa perseverancia para cambiar nuestro viejo carácter; sus raíces son profundas, y cuando las queremos arrancar, se desprende un pedazo de nosotros mismos, que a veces nos hace sufrir mucho.

Queremos, pues, asociarnos de veras a la grandiosa y maravillosa obra del Hijo de Dios, que generosamente sacrificó su vida y dio lo mejor que tenía para ponerlo a nuestro servicio, para ayudarnos a mejorarnos y a tener sal. Ahora estamos invitados a ser la sal de la tierra y la luz del mundo, siendo tiernos, afectuosos, amables; daremos así un testimonio que glorificará a nuestro Padre que está en los cielos y a nuestro querido Salvador.

En las estaciones, los beteles y los grupos, es preciso que brille el amor, que se realice la alta estima de unos para con otros, así como el afecto de la familia de Dios. Así podremos dar a nuestro alrededor el testimonio de que el Señor nos ama, nos adopta como sus hijos muy amados en quienes pone todo su afecto. He aquí lo que queremos procurar con todo nuestro corazón, para que la aprobación divina se manifieste en nosotros, y que por nuestra perseverancia adquiramos el nuevo nombre.

Teniendo en nuestro entendimiento una posibilidad tan gloriosa, nos alegramos de adelantar, esforzándonos por realizar el programa que hay que observar. Naturalmente hemos de respetar las condiciones, cuya base es la Ley universal. Actualmente, como lo hemos mostrado, la humanidad sigue una carrera egoísta, que le forma malos hábitos y un carácter totalmente defectuoso. Esta línea de conducta produce la desgracia, la condenación y la muerte, y finalmente la destrucción de la tierra.

Para que los hombres puedan entrar en contacto con el buen espíritu, se necesita el paciente aguante y una total perseverancia en el radio de acción del espíritu de Dios. Para nosotros, en esta situación vamos adquiriendo la sensibilidad divina, y cuanto más adelante vamos, más puede obrar en nuestro corazón la acción del espíritu de Dios, y más facilidad tenemos por recibir los gloriosos impulsos del espíritu de sabiduría, de poder y de fuerza.

Esforcémonos, pues, en adquirir la sensibilidad divina. Así llegaremos a ser capaces de recibir toda la energía que es necesaria para introducir en el seno de la humanidad este glorioso Reino de la Justicia.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Se basa nuestra perseverancia en la influencia del espíritu de Dios?
2. ¿Tenemos perseverancia en colmar los defectos de los que nos rodean?
3. ¿Nos sentimos abastecidos por el espíritu de Dios, para perseverar hasta el fin?
4. ¿Perseveramos siempre en obrar bien?
5. ¿Hemos podido vencer grandes dificultades a causa de nuestra perseverancia?
6. ¿Hemos adquirido la perseverancia como un rasgo de nuestro carácter?